Cuentos del paraíso de las islas
07
02-3.- Los siete viajes de Gina Manfredi

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09/01/2022
Número de páginas: 20
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

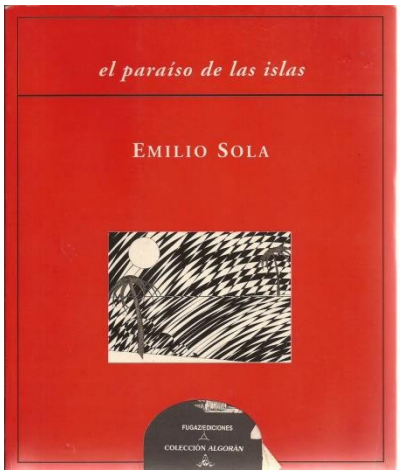
Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

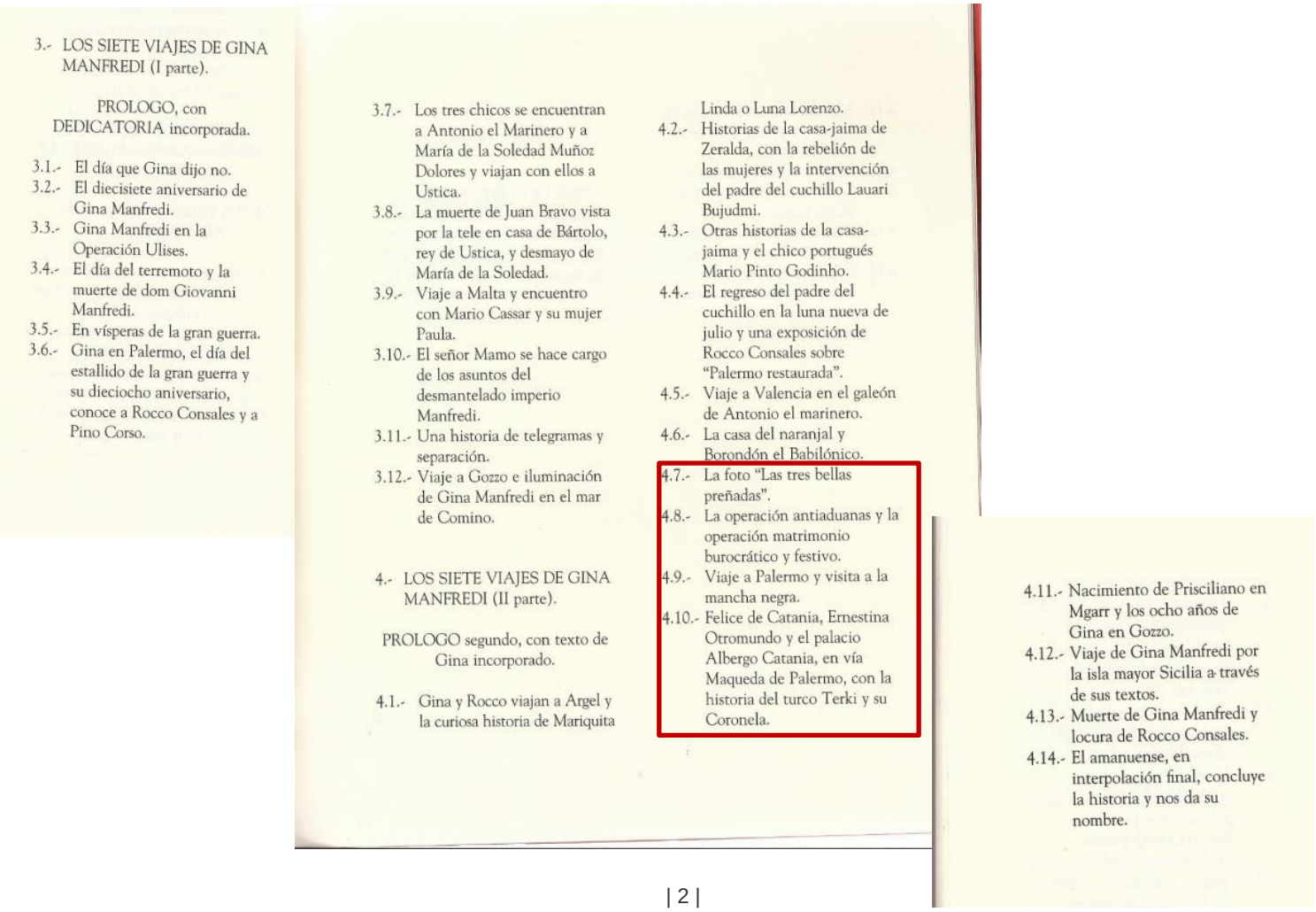
Cuentos del paraíso de las islas
07
02-04 y fin de Los siete viajes de Gina Manfredi



"Los siete viajes de Gina Manfredi" fueron publicados en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte de la protagonista, la joven Gina, en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado "Paraíso de las islas". Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas:

1-1, 1-2, 1-3, 2-1, 2-2, 2-3, y 2-4

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:



3.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (I parte).

PROLOGO, con DEDICATORIA incorporada.

3.1.- El día que Gina dijo no.
3.2.- El diecisiete aniversario de Gina Manfredi.
3.3.- Gina Manfredi en la Operación Ulises.
3.4.- El día del terremoto y la muerte de dom Giovanni Manfredi.
3.5.- En vísperas de la gran guerra.
3.6.- Gina en Palermo, el día del estallido de la gran guerra y su dieciocho aniversario, conoce a Rocco Consales y a Pino Corso.
3.7.- Los tres chicos se encuentran a Antonio el Marinero y a María de la Soledad Muñoz Dolores y viajan con ellos a Ustica.
3.8.- La muerte de Juan Bravo vista por la tele en casa de Bártolo, rey de Ustica, y desmayo de María de la Soledad.
3.9.- Viaje a Malta y encuentro con Mario Cassar y su mujer Paula.
3.10.- El señor Mamo se hace cargo de los asuntos del desmantelado imperio Manfredi.
3.11.- Una historia de telegramas y separación.
3.12.- Viaje a Gozzo e iluminación de Gina Manfredi en el mar de Comino.

4.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (II parte).

PROLOGO segundo, con texto de Gina incorporado.

4.1.- Gina y Rocco viajan a Argel y la curiosa historia de Mariquita Linda o Luna Lorenzo.
4.2.- Historias de la casa-jaima de Zeralda, con la rebelión de las mujeres y la intervención del padre del cuchillo Lauari Bujudmi.
4.3.- Otras historias de la casa-jaima y el chico portugués Mario Pinto Godinho.
4.4.- El regreso del padre del cuchillo en la luna nueva de julio y una exposición de Rocco Consales sobre "Palermo restaurada".
4.5.- Viaje a Valencia en el galeón de Antonio el marinero.
4.6.- La casa del naranjal y Borondón el Babilónico.
4.7.- La foto "Las tres bellas preñadas".
4.8.- La operación antiaduanas y la operación matrimonio burocrático y festivo.
4.9.- Viaje a Palermo y visita a la mancha negra.
4.10.- Felice de Catania, Ernestina Otromundo y el palacio Albergo Catania, en vía Maqueda de Palermo, con la historia del turco Terki y su Coronela.
4.11.- Nacimiento de Prisciliano en Mgarr y los ocho años de Gina en Gozzo.
4.12.- Viaje de Gina Manfredi por la isla mayor Sicilia a través de sus textos.
4.13.- Muerte de Gina Manfredi y locura de Rocco Consales.
4.14.- El amanuense, en interpolación final, concluye la historia y nos da su nombre.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

4.7.

304 Cuando Gina le dijo a Rocco a finales de agosto, ya conocido su embarazo, que pensaba volver a las islas con Antonio y que, por favor, la acompañara, Rocco pensó en Palermo y en Gozzo y le dijo: "Me voy con vosotros".

Durante aquellos meses veraniegos del año de la gran guerra habían desfilado por la casa del naranjal innumerables personas, un disparate de diferentes unas de otras, cada una hija de su madre. Uno que había trabajado de bombero en Canadá llegó al Mediterráneo un día vestido de bombero, directamente a la casa de Borondón. Otro, larguirucho y enflaquecido, los ojos como en tránsito desencajados al mirar, aunque no asustados -aire perdido, pero también de importarle un huevo el entorno-, llevaba por adorno de la oreja izquierda una pluma pequeña de pollo de unos cinco centímetros, blanca oscura, su cañón ocupando el agujerito que antaño sirviera para lucir anillo espléndido de pirata para su perfil de intrépido e impenitente viajero; a su lado una hermosa muchacha de cabello largo, lacio y negro, mirada tristísima y oscura -aire igualmente perdido pero en absoluto tímida al pedir un cigarrillo al primero que pasara, la mayoría de las veces con poco éxito pues se usaba poco el tabaco, con seriedad de actriz de tragedia clásica antigua-, y un perro diminuto. Una gitana niña con zapatos de tacón, recién llegada de Granada, vestida de minifalda rosa de finísima tela, tirantes con lacito, plisado desde el bajo pecho, remozada moda imperio, le había contado a Gina que su bebida predilecta era el agua mineral con gas, pero que la de Granada no le satisfacía porque tenía pocas burbujas y demasiado gruesas. Y otros, y muchos, desenfadados y multicolores, jóvenes y menos jóvenes ya, uno que traía entre sus recuerdos más obsesivos una región que había atravesado con pueblos de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

nombres plagados de haches intercaladas, y Mariano Pastor y Pelusa Bellosillo con sus respectivas guitarras y sus voces tan hermosas, y abundantes gentes del norte que habían reciclado su agresividad después de una media de cinco años con ramadaneros, gurus, yoguis y grupos cristianos variopintos y que habían decidido abandonar las movidas místicas para integrarse en los grupos de la costa, y antiguos soldados, y sobre todo ex-soldados de la gran guerra, machos y hembras ex-combatientes, algunos jovencísimos, algunos con taras físicas espectaculares y hasta procaces en ocasiones, otros con ocultos terrores, como aquel que lloraba ante el dilema del dodecaedro/cosmos/misterio o mentira, o aquel otro que se enfurecía hasta el estado de crisis total y camisa de fuerza argumentando que la reina de su país se oponía al aborto y se hacía construir un sofisticado refugio antiatómico.

Pinto Godinho estaba feliz. Lauari Bujudmi no paraba. Gina y Rocco no salían del estado de perplejidad. Borondón, temiendo el desborde, no cesaba de pedir refuerzos a todos los lugares imaginables. Fue entonces cuando se lanzó, ante el acoso de la policía del gobernador Muntañola, después de una serie de asambleas tormentosas y divertidísimas, la operación matrimonio burocrático y festivo y la operación antiaduanas. En esta última Pino y Antonio participaron muy activamente con el galeón.

La operación matrimonio burocrático y festivo se habían decidido a lanzarla ante problemas administrativos -eso, burocráticos- de aquel tramo de costa, en concreto como defensa de los grupos -las comunidades borondonianas, para la policía del gobernador Muntañola- y, aunque tenían un alcance local, pronto se habían de extender al menor signo que se manifestara en otros lugares de "turistización" -en expresión feliz del Bujudmi- de la "basca viajera". La operación antiaduanas, aunque nacida en la casa del naranjal, ya tenía desde su naci-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

miento un alcance más amplio, suprarregional, no sólo antimuntañolesco o antimuntañolino -el antimuntañolismo fue una moda memorable durante todo aquel año-, pues una de las consecuencias inmediatas más destacables de la post-guerra había sido la revigorización de los controles aduaneros en los puestos fronterizos de los antiguos países integrantes de la confederación, y entre la Federación Oeste y la Unión Roja, entre sí y con ellos, un claro paso atrás que a todos dolió sobremanera y que habría de convertir a las dos operaciones en verdaderos movimientos de masas. Mucho se comentó después -y la prensa conservadora se encargó de abundar en ello- que aquellas dos movidas, sobre todo la antiaduanas, habían sido lanzadas por el Babilónico -como gustaba llamarle esa prensa- con un propósito claro de diversión ante los graves problemas que provocaba la masiva afluencia de gente a los grupos antes del fin de los trabajos de informatización. Es posible que algo de eso hubiera en ello, aunque una parte mínima sin duda y aunque parece que está más claro si se consideran los resultados que si se considera el planteamiento a priori. En fin.

La operación antiaduanas se montó a base de telegramas y cartas de gente para gente de otros lugares y se concretó en el güisqui y en las divisas. Una masa bastante respetable de dinero se puso en movimiento, en diferentes monedas -y fue la primera participación de Gina Manfredi en aquel juego de grupos en colaboración con el señor Mamo-, exclusivamente para declaraciones en frontera, sin que nunca fuera cambiada a otras monedas ni nunca utilizada en compras por sus poseedores; la policía de aduanas veía estupefacta cómo el que entraba en el país regalaba con ostentación el dinero que acababa de declarar a otro que saliera del país ante el aplauso de los que venían a esperarle o a despedir a aquel. Era más descorazonador que otra cosa. El asunto del güisqui, por el contrario, daba mucho trabajo y podía empantanar con media docena de viajeros a todo un equipo de aduaneros; consis-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

tía en dedicarse a viajar con la mayor cantidad posible de botellas de güisqui, pero llenas de agua todas salvo una o dos, y no moverse de la aduana hasta que el aduanero comprobara cual era esa botella o esas botellas, y en ese caso le incautara todas menos una; a medida que pasaba el tiempo eran más las botellas puestas en circulación, más el temor de los aduaneros -o la resignación, o el cachondeo, según los casos- cuando aparecía un viajero con su cargamento de botellas. Todo el verano y casi todo el otoño había de durar aquello, hasta que las autoridades de aduana solicitaron la paz y decidieron reconocer el estatus especial del viajero en viaje de conocimiento y de contactos como antes de la gran guerra. La botella de güisqui "Wotalmá", que se había lanzado para aquella operación, se hizo muy popular en todo el mundo. Un cargamento de Wotalmá en el galeón de Antonio mantuvo ocupado durante días en el puerto del Grao a un equipo de aduaneros y todas las comunidades de la costa, al final de la operación, tenían una enormidad de botellas de Wotalmá; en algunos lugares las usaron como material de construcción, cupulitas airosas o paredes para iluminar tenuemente interiores a través de círculos-culos de botella, en otros se utilizaron para envasar gaseosas locales o Wotalmá mineral con gas o sin gas. Esmeralda la de París, políglota arabista, obtuvo el premio al record de pases de botellas durante los meses que duró la operación y la gente de los grupos de la costa construyó en su honor una casita en la playa -no lejos de donde iba a surgir por entonces el chiringuito de Eulogio-, como una kuba magrebí abovedada, con botellas de Wotalmá llenas de líquidos coloreados combinadas con gracia según diseño que ella misma, con la ayuda de Pinto Godinho, pergeñó una noche de fiesta.

La campaña matrimonio burocrático y festivo fue algo más larga y de resultados más perdurables para el futuro de los grupos de la costa. Hoy, muchos años después, se considera que fue, si no decisiva, al me-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de tales criaturas. Se discutieron en profundidad estos extremos, a todos pareció bien, sobre todo a las mujeres, y el padre del cuchillo los adoptó así para sus "discursos", los desarrolló y perfeccionó en sus formulaciones. Si Robert Weismuller, por ejemplo, hubiese nacido después de ese verano y no unos pocos años antes, no se hubiera llamado ni habría sido registrado como Robert Weismuller sino como Robert Lorenzo.

En aquel ambiente de vertiginoso ir y venir de usos, tradiciones, etcéteras a remozar, revisar, fijar, etcétera, hay que enmarcar el -podríamos llamarlo así- enfado de Lauari Bujudmi con su antiguo compañero y amigo Antonio, que habría de durar al menos dos años, tras la decisión de éste de acompañar y hacerse cargo de Gina Manfredi en su embarazo y post-parto, aunque siempre con Rocco al lado, decisión considerada por el padre del cuchillo como una falta de cortesía del marinero Antonio para con el grupo naciente, con los grupos del paraíso de las islas. Por esa causa, en vísperas del viaje de Gina y Rocco en el galeón de Antonio, en vísperas también de su viaje hacia Oriente vía Al Yesaer, Lauari Bujudmi buscó a Rocco y a Gina y se despidió y charló largo con ellos, pero no buscó, más bien evitó, el contacto con Antonio. Este se dio cuenta y se entristeció por ello.

-Cuidáos y cuidad de ese algo que va a nacer y que también a mí me pertenece -había dicho el padre del cuchillo a Rocco y a Gina, su sonrisa en el centro de un todo negro rostro después del denso verano, y ellos dos supieron que decía verdad, que incluso ellos dos de alguna forma le pertenecían, de la misma manera que él a ellos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de tales criaturas. Se discutieron en profundidad estos extremos, a todos pareció bien, sobre todo a las mujeres, y el padre del cuchillo los adoptó así para sus "discursos", los desarrolló y perfeccionó en sus formulaciones. Si Robert Weismuller, por ejemplo, hubiese nacido después de ese verano y no unos pocos años antes, no se hubiera llamado ni habría sido registrado como Robert Weismuller sino como Robert Lorenzo.

En aquel ambiente de vertiginoso ir y venir de usos, tradiciones, etcéteras a remozar, revisar, fijar, etcétera, hay que enmarcar el -podríamos llamarlo así- enfado de Lauari Bujudmi con su antiguo compañero y amigo Antonio, que habría de durar al menos dos años, tras la decisión de éste de acompañar y hacerse cargo de Gina Manfredi en su embarazo y post-parto, aunque siempre con Rocco al lado, decisión considerada por el padre del cuchillo como una falta de cortesía del marinero Antonio para con el grupo naciente, con los grupos del paraíso de las islas. Por esa causa, en vísperas del viaje de Gina y Rocco en el galeón de Antonio, en vísperas también de su viaje hacia Oriente vía Al Yesaer, Lauari Bujudmi buscó a Rocco y a Gina y se despidió y charló largo con ellos, pero no buscó, más bien evitó, el contacto con Antonio. Este se dio cuenta y se entristeció por ello.

-Cuidáos y cuidad de ese algo que va a nacer y que también a mí me pertenece -había dicho el padre del cuchillo a Rocco y a Gina, su sonrisa en el centro de un todo negro rostro después del denso verano, y ellos dos supieron que decía verdad, que incluso ellos dos de alguna forma le pertenecían, de la misma manera que él a ellos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

4.8.

Una semana antes del viaje de vuelta a Palermo de Gina, Rocco y Pino, en el galeón de Antonio, había pasado por la casa del naranjal otro de los personajes memorables de aquel largo verano del año de la gran guerra: Arnold...

El que escribe, que ha dado en llamarse y es amanuense porque lo hace a mano y porque su relato es algo que se le ha dado o fijado y no ficción sino historia verdadera, no se resiste, a estas alturas, a hacer una digresión, a interpolar. Casi nada de todo esto había salido en los periódicos ni se había relatado en carta. De ahí la dificultad para reconstruirlo. Sólo había sido narrado y, con el tiempo, al enriquecerse la narración, la sobriedad del "tal como había sido" se perdía: estaba naciendo una nueva leyenda, tal vez una nueva mitología. De ahí la necesidad -este considerable esfuerzo- de -o por- fijar la historia -aunque fuera muy fragmentaria- en sus más precisos límites.

...Arnold, uno de los jóvenes contrastantes de La Haya, compañero infatigable de lucha de Ursula Flay, ingeniero aeronáutico "purgado" por las autoridades de su isla norteña y fría, de encendida palabra y al que poco después todos conocerían como Arnoldo el Maricón. "Drogados, maricones, huérfanos, obreros, mujeres en general, indios, niños y negros: porque partes de una sociedad injusta, pues imposible una soñada donde todos obreros porque de qué patrón, y da lo mismo...", comenzaba uno de sus discursos de llamada a la acción, luego publicado y que solía levantar enconadas polémicas. Venía en barco, procedente de Marsella, después de un accidentado periplo por la costa azul, con un cargamento de botellas de Wotalmá que enredaron a la

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

aduana del Grao durante tres días. Dicho cargamento, una vez sacado de aduana, había de pasar íntegro al galeón de Antonio para ser transportado a Palermo, vía Palma, en donde, al parecer, había habido problemas durante el verano, intentos de turistización de la "basca viajera".

Con el otoño, pues, dejaron la casa del naranjal. Salvo Pinto Godinho -se veía que le costaba separarse de Rocco-, nadie vino a despedirles al puerto. Como tantos, Borondón amaba las bienvenidas pero no las despedidas. A Antonio se le notaba vagamente triste. Llevaba consigo Gina cartas de Borondón para las autoridades de la República ta Malta y en la cabeza proyectos abundantes para tratar con el señor Mamo. Pino había recibido también, de manos de Borondón, documentos similares a los que en su tiempo Juan Bravo diera al marinero Antonio, a manera de patente de nuevo corso. Antonio dejaba aquel tramo de costa con cierta leve querencia -nunca antes lo había experimentado, no podía decirse nostalgia- de sedentarización, aunque ignorante de qué lugar el adecuado. Y Rocco, seguro y firme con Gina cerca, su presencia sedante misteriosa para él, dejaba la casa del naranjal entre acariciadoras imágenes de Palermo restaurada. Dos chicas y un muchacho les acompañaban camino de otras islas; debían dejar el galeón en Palma.

Ningún incidente de interés en el transcurso de aquella travesía. Los tres viajeros descendieron a tierra en la escala de Palma y embarcaron otros tres, con sus respectivos cargamentos de Wotalmá; después del ceremonial de intercambio de regalos y divisas, aunque innecesario, con aplauso incluido de los que andaban por allí, zarparon para Palermo.

Quiso Antonio visitar la "mancha" de los doscientos cincuenta mil barriles derramados, a la deriva desde hacía más de un año entre Ba-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

leares y Sicilia, y para ello había solicitado referencias en la escala de Palma. Meses antes del inicio de la gran guerra, y durante un mes largo, había colaborado en los trabajos de solidificación y fijación de la
312 mancha, laboriosísima tarea y peligrosa por lo complicado del transporte y vertido de los reactivos y catalizadores, hasta conseguir en un ochenta por ciento la conversión de la mancha en una masa flotante esponjosa y negra, no peligrosa para la navegación, aunque tampoco navegable, y, sobre todo, transportable; en las más de media docena de veces que con posterioridad, antes del inicio de la gran guerra, había navegado cerca, Antonio había cargado en su galeón la mayor cantidad posible de aquella mierda; utilizaba bolsones de plástico que siempre llevaba consigo en el barco para tal efecto y aquel engrudo negro, como gelatina porosa, verdadero pringue, lo depositaba para su destrucción por fuego en tierra en crematorios habilitados en todos los puntos de la costa circundante diseñados para neutralizar los humos y olores producidos por la combustión, que en grandes cantidades podían ser mortíferos. No quisieron desaprovechar la ocasión de visitar la mancha y colaborar con su granito de arena -una docena de bolsas, aunque ligeras de peso muy voluminosas- a su destrucción.

El espectáculo seguía siendo desolador. A medida que se aproximaban a la mancha artificialmente solidificada el sol enrojecía más, el cielo engrisecía y vaharadas marengo parecían ascender de la mancha negra como si respirara. Pino no quiso patronear -patrón de hecho del galeón en aquella travesía- mientras estuvieron en aquel paraje, aunque Antonio le aseguraba que no había peligro. Algunos barcos en la linde manche-mar cargaban sacos de masa negra como ellos; Antonio calculaba que, más allá del horizonte, hacia el sur, debía de haber muchas más naves pues sabía que se había reiniciado en aquella latitud el trabajo que la gran guerra había interrumpido. No se veían cadáveres flotantes de peces; al parecer, los bancos de pescado evitaban kilómetros

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

a la redonda aquel sector marino; sólo muy al interior de la mancha, con ayuda de catalejo, se veían esqueletos de pájaro, sin duda pájaros perdidos pues las aves, como los peces, evitaban el lugar, no sobrevolaban aquel mar de inmundicia.

Hasta que no estuvieron cerca de la costa de Sicilia, lejos, no retomó Pino Corso el mando de la navegación. A todos les había impresionado aquel espectáculo y Gina había charlado largo con Antonio sobre el asunto, el futuro de las manchas -no era en absoluto la única- y el futuro del mar. Sonaba música antigua de la Patty cuando entraron en Palermo, "Horses" o "Caballos" era.

La pesadez del botellerío en la aduana y las divisas les mantuvo dos días a bordo sin desembarcar; aduaneros y ellos llegaron a la conclusión de que el jaleo de la Wotalmá era tan lioso para unos como para otros, no merecían la pena aquellas tonterías, la paz debía firmarse pronto. Después de dejar en el crematorio los bolsones de porquería negra de la mancha, Rocco y Pino se perdieron una semana larga por su barrio de familiares y amigos mientras Antonio, Gina y los tres acompañantes de Palma conectaban con Felice de Catania y Ernestina Otromundo, ceramista americana, platense, y se instalaban en el mamotrético y destartalado palacio dieciochesco que en plena vía Maqueda ocupaba aquella singular pareja, medio hostería medio casa de viajeros amigos.

Era un edificio espléndido. Toda la planta baja en torno al patio central, antiguo de carros y caballos, estaba ocupada por los talleres, uno de ellos los hornos de cerámica y de esmaltes, dominio de la Otromundo. Las tres plantas altas del palacio arrancaban de la fastuosa escalera -única y amplísima desde el fondo del patio hasta la primera planta, bifurcada en dos entre la primera y la segunda planta y de nue-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

vo unitaria en el último tramo y altura última- y se estructuraban en salones amplios y habitaciones menores en torno a un ancho pasillo, casi salón, casi galería en el ala de la fachada principal y enroscado en sí mismo en torno al patio. Aunque el patio estaba enlosado y no admitía jardín natural ni árboles, enredaderas, arbustos y arbolitos en macetones gigantes daban aire de jardín, incluso frondoso, al conjunto; de algunos balcones se habían suspendido también macetas de tipo andaluz con plantas colgantes y trepadoras cuidadosamente dirigidas para que no obstruyeran el paso de la luz al interior del edificio, o la tamizaran en el caso de los vanos que por su orientación al sur estuvieran más expuestos al fuerte sol siciliano. El conjunto era armonioso, aunque destartalado en general y algunas instalaciones muy degradadas; problemas económicos habían impedido su total restauración, los trabajos necesarios para rectificar algunas de las reformas mal emprendidas en siglos anteriores.

Felice de Catania había heredado años atrás aquel palacio, convertido en hotel, de una vieja tía suya viuda y sin hijos a la que recordaba siempre vestida de negro sentada en una silla con revistas y labores de punto y otras cerca, a la vera del balcón central de la fachada interior del fondo del patio desde donde dominaba éste, al tanto de todos los que entraban y salían, posibles visitas y clientes, balcón que sólo abandonaba para dormir tras hacer las cuentas del día con Al Capone, un viejo cojo y bizco de aire descuidado al que llamaban así porque había nacido en Nueva York y de yanquilandia se había traído a Palermo un pasado turbio que sólo evocaba en contadísimas ocasiones y después de unas copas de grappa. La muerte de Al Capone y el lanzamiento de la Gran Confederación habían animado a Felice de Catania -a la sazón en Buenos Aires, en donde tenía lejanos parientes- a volver a Sicilia y hacerse cargo del Albergo Catania, como se llamaba el hotel heredado. Ernestina Otromundo, una de sus lejanas parientes que de-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cía haber españolizado su apellido, originariamente no sabía si Altromondo u Autremonde, le había acompañado en su viaje de vuelta de América y se había enamorado de Palermo y de aquel antiguo palacio. Ella era la causa de que se hubieran instalado allí y allí siguieran. "No soy compañera de Felice; es Felice quien es mi compañero", solía puntualizar en las presentaciones.

4.9.

Un relato de una vida no es más que una aproximación a ella, en el mejor de los casos, si no un total error. El amanuense se siente inseguro, no es capaz ni siquiera de aproximación a, tiene la vaga sospecha de haber errado. Y es que quería que esto fuera el relato de Gina; y es que Gina no existe si no es los otros, nosotros; y es que entonces al amanuense le llega el descoloque: o casi todo falta, o casi todo sobra. Y maldice la hora en la que Borondón el Babilónico, de feliz memoria, le encomendó tan ardua tarea.

Felice y Ernestina formaban una singular pareja y Gina se divertía mucho cuando le narraban historias de su vida, normalmente Ernestina pues Felice era más parco en palabras para estos asuntos. Gina se pasaba mañanas y tardes enteras con Ernestina en el taller, a pesar de que el calor del horno de cerámica y su estado de preñez hicieran que tuviera que salir con frecuencia al patio a reponerse a la sombra fresca de algún minilimonero o mininaranjo enmacetado; y era allí, en el taller, en torno al torno o rueda de alfarero o en el tablero de pintado y

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

esmaltado, en donde Ernestina le contaba aquellas divertidas aventuras de Felice, aventuras suyas también al fin.

316 Fue una hermosa tarde de octubre. Gina, asidua desde hacía días al taller, se mostraba entusiasmada por las tejas esmaltadas que la platense había ideado para retejar el ángulo occidental del palacio-hotel Albergo de Catania. Antonio estaba en Ustica, ya reincorporado Pino, patrón de hecho del galeón, y les había dejado dicho que se quedaría unos días con Bártolo y sus amigos; si Gina o Rocco querían unírsele, no tenían más que embarcar con Pino en uno de sus viajes, muy frecuentes, o tomar la nave regular diaria. Rocco se había ido a dar una vuelta por su barrio antes de encerrarse en una de las habitaciones altas en donde llevaba varios días levantando planos, alzados de fachadas y pormenores a escala de detalles de la decoración de puertas, ventanas y cornisas del palacio-hotel. Felice saludó a las dos chicas desde la puerta del taller y les dijo que salía, que no volvería hasta tarde en la noche.

-Hoy, qué: ¿cine o jardín? -le había preguntado, socarrona, Ernestina.

-Aún no lo sé, pero la tarde está hermosa y creo que es noche de jardín -le respondió Felice.

A Gina le había llamado la atención su atuendo, acicalado como para fiesta veraniega informal, muy repeinado hacia atrás con brillantina o, tal vez, fijador.

-¿Solo? -había insistido Ernestina, con un guiño pícaro.

-Es más emocionante así.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Y Felice había acentuado su gesto de niño bueno antes de dejar el umbral y atravesar el patio sorteando macetones, las manos en los bolsillos del pantalón con aire chulesco o un tantito macarra, zapatos muy brillantes de charol rojo, fino pantalón blanco.

Espacioso Felice, presurosa Ernestina, a Gina Manfredi desde el principio le había resultado chocante aquella pareja y su extraña relación.

-Felice y yo somos desde hace tiempo tan sólo buenos amigos; ya no me acuerdo de la última vez que hicimos el amor... Además, es tan degenerado el puñetero que sólo se mete en la cama conmigo cuando me tomo unas pastillas muy fuertes que tengo para dormir, en ocasiones en que por la excitación del mucho trabajo en el taller no puedo pegar el ojo; con esas pastillas me quedo absolutamente k.o. y no me entero de nada. Luego, a la mañana, él me cuenta que ha disfrutado muchísimo, que talmente como si hubiera hecho el amor con una muerta. ¡Y yo sin recordar nada! Sólo a causa de los pequeños resquemores o escozores en la entrepierna y en sálvese las partes puedo hacerme mínimamente cargo de lo que pudo haber sucedido. Sin embargo, ya me harté. Se lo dije, y él es respetuoso y lo entiende. Pero, por si acaso, cada vez que me tomo los somníferos me encierro bien con llave o duermo con alguien que no le permita trajinarme a su placer; así que ya ni con somníferos hacemos el amor. Antes no era así la cosa. En el Plata funcionábamos muy bien como pareja, aunque él siempre tuvo necesidades periódicas de erotización con "los que nunca duermen", como él dice, o de erotización por vibraciones con gente como él, por calles oscuras, parques o jardines al atardecer y por la noche, cines, estaciones, antros o locales cutres, ¡qué sé yo! En el Plata no le daba importancia. El me decía cuando se iba que no volvería hasta tarde y tal, y pasaba. Pero ya aquí se acentuó la cosa en él y yo llegué a acompañarle alguna vez; llegamos a hacer teatro incluso, en ocasiones, y nos

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

perseguíamos como buscones, o yo me ponía en plan puta barata en alguna zona y él pasaba por allí y me contrataba; alguna vez tuvimos algún problema y casi tuvo que pelear en una ocasión, pero así y todo me decía que conmigo era diferente, que no le venía el morbo, que no era de verdad. Otras veces echábamos un polvo escondidos, por algún parque, bajo un seto o así, pero tampoco era lo que él quería. Además, a mi no me iba ese rollo. Lo hacía por él, pero a mi no me erotizaba esa marcha, más bien me resultaba incómodo y añoraba mi buena camita; mi cosa normal, ya me entiendes.

Gina la entendía, aunque algo se le escapaba; le parecía, y así se lo dijo a Ernestina, que era una verdadera santa o que amaba mucho a Felice.

-Ahora creo que lo único que le tengo es cariño; casi maternal, diría yo. Si te fijas en él, tiene cara de niño bueno, y más después de una de sus excursiones eróticas. Lo que pasa también es que eso va a más y más, parece que no hay vuelta atrás, que cada vez el cuerpo le pide más morbo, como él dice, más fuerte. Y, ahora, le da por los maricones. Me cuenta que tienen infinita más imaginación y más retorcida, que el teatro erótico con ellos es más emocionante y menos directo que con las busconas, ya ves. Dentro de poco ni aunque me ponga a tiro con las pastillas de dormir conseguiré erotizarle. Lo cual tampoco es un drama: es así. Y tampoco yo soy mujer muy folladora; me va lo normal. Ahora, por ejemplo, llevo una temporada que cuando me noto un poco cachonda me voy con este chico turco, Terki, por ahí; cenamos, nos tomamos unas copitas y tal, y a la cama. Es encantador. Es cuestión de saber encontrar tu rítmo, que alguien más lo comprenda, y adaptarte a él. El chico turco de vez en cuando también viene al taller, me hace un guiño y yo ya sé; si tengo ganas, bien; si no, o hago un pequeño esfuerzo o se lo digo; si de verdad él tiene muchas, muchas ganas, pues hago un esfuerzo, ¿comprendes?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Sí lo comprendía Gina. Era fácil de comprender; ella sabía algo, o mucho, de eso. El tal chavalote turco Terki era, ya a simple vista, el reverso de Felice de Catania, espectacular virilidad que podría verse resumida en el bigotón que a diario atusaba con mimo, sus guías verdaderas antenas a pesar de sus no demasiados años, en sus ojos oscuros y grandes el brillo inequívoco de la cordialidad, su vibración dominante el sosiego. A Gina le caía muy bien. Su historia más reciente, además, era una historia muy hermosa, una historia de amor. Vayamos con ella.

Antes de la gran guerra el turco Terki había trabajado unos meses en las obras municipales palermitanas, en uno de sus viajes de conocimiento y de contactos y al principio de manera provisional, como era de rigor. El contacto con una máquina de múltiples usos -excavadora, hormigonera, dragadora y calculadora de niveles, entre los principales- que le habían encargado manipular, sin embargo, había de cambiar su futuro; prorrogó el tiempo de estancia en Palermo más allá de lo previsto y su viaje de conocimiento y de contactos se alargó y alargó semanas, y luego meses... El diría más tarde que se había enamorado de su camioncito-máquina polivalente y bien pudiera ser. Convocado por su país en el momento previo a la gran guerra, el turco Terki sufría mucho al pensar en la separación cuando el azar le brindó una ocasión dorada: ante un problema técnico -para él, buen conocedor de su máquina, sin importancia- el ayuntamiento decidió deshacerse de ella y él llegó a un acuerdo para que se la cedieran como pago a servicios y estipulando otra serie de ellos a prestar. No hubo mejor postor y el turco Terki se vio convertido en dueño absoluto de su amada máquina. Con Ernestina Otromundo acordó dejar su camioncito en uno de los talleres del patio del Albergo Catania; la sentida separación fue así más llevadera y el chico Terki se incorporó a filas en su país. Por otro azar afortunado la gran guerra había

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de llevarle al sur de Italia; después de una desordenada maniobra militar cerca de Mesina en la que la confusión, el malestar y la mala fe de soldados y mandos multinacionales dieron lugar a una disparatada
320 catástrofe con abundantes muertos, heridos y desaparecidos, el joven Terki desertó, fue dado por desaparecido en su batallón y se refugió en el hotel de sus amigos, al lado de su máquina, feliz con el reencuentro. No fue difícil prepararle, con certificados de todo tipo de doctores y otros amigos, una historia de heridas e infortunios que normalizaran la situación con las autoridades de su país; llegaron a escayolarle todo el cuerpo, incluida la cabeza salvo el puro rostro, la pierna izquierda y los huequitos de defecaciones y orina, para una rutinaria inspección y fotografías, entre el cachondeo más absoluto de sus compañeros del Albergo Catania, decisiva ficción que le permitió obtener una condecoración y el honorífico título de inútil total para las armas y la guerra. Desescayolado durante la primera fiesta de la postguerra en el Albergo, pudo dedicarse desde entonces por entero a su maquinita, a la que -a quien- durante la fiesta misma anunció que había de llamar en adelante Coronela y con la que -con quien- en rito extraterrestre preparado para la ocasión contrajo nupcias o LX-TU-TU, como decía el oficiante Felice. "Aquí mi Coronela", decía el turco Terki en sus presentaciones. Desde entonces no se había movido de Palermo y de sus alrededores y había cumplido los compromisos adquiridos con el ayuntamiento de la ciudad, con lo que la Coronela era ya por entero suya. La mantenía a punto siempre y juntos disfrutaban cantidad, eran absolutamente felices. En el verano habían viajado a las playas cercanas, siempre a la vista de su turco la Coronela desde algún altozano. A Felice, medio en serio medio en broma, no le dejaba acariciar a su máquina; decía que sus manos transmitían una rara vibración que se la averiaba y a él le producía celos verle cerca; sólo en contadas ocasiones, y por necesidad extrema, le permitía viajar con ellos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

La semana que Gina, Rocco y Antonio -Pino quedó en reunirse con ellos más tarde- tenían pensado abandonar Palermo para viajar a Malta y Gozzo, comenzaban a retejar el ángulo occidental del Albergo Catania. Había gran expectación en toda la ciudad por las obras, pues ya conocían el ala oriental retejada con anterioridad; a la casa frente al Albergo en vía Maqueda, algo más alta, acudía mucha gente cada día para contemplar aquel espléndido tejado desde el último piso y la azotea. Una de las vecinas del piso alto, una viejita dos veces viuda de maridos asesinados en la vía pública, buena amiga de la gente del Albergo, alquilaba por horas sus balcones a los curiosos y tenía reservas con semanas de antelación. Gina, Rocco y Antonio llegaron a retrasar por dos veces el viaje pero aún no habían terminado las obras cuando, por fin, se decidieron a dejar Palermo. Quedaban vagos proyectos en el aire, citas en Gozzo para lanzar algo en común allí, conexiones con otras islas, puertas abiertas.

4.10.

En los primeros días del mes de abril, poco antes de su diecinueve aniversario, Gina Manfredi dio a luz un niño en la casa de Mgarr, atendida por un doctor de la isla, la vieja Carmelina y Rocco a su vera. Fue al amanecer de un hermoso día y Carmelina organizó una fiesta en el pueblo que muchos años después aún se recordaría. En plena fiesta llegó Antonio al pueblo y Rocco le presentó en sus brazos al niño que habían de llamar Prisciliano; el color límpido azul de sus ojos emocionó al marinero Antonio y a punto estuvo de llorar; pero no llegó a to-

Sigue en 4.7, en 02-04 y fin de Los 7 viajes de Gina Manfredi.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6